

¿QUÉ ES LA BIOPOLÍTICA?

DOMINGO FERNÁNDEZ AGIS

En las primeras páginas de su ensayo *El siglo de la biotecnología*, planteaba Jeremy Rifkin que aún no somos plenamente conscientes de estar viviendo en el inicio de una nueva era de la historia de la humanidad, marcada por la aparición y desarrollo de lo que él denomina la *algenia*. En ella la ingeniería genética habría empezado a transformar la relación del ser humano con la naturaleza al tiempo que provocaría las más profundas modificaciones jamás conocidas en lo que se refiere a la manera en que hemos de pensar lo que somos o, por decirlo recurriendo a una fórmula análoga a la que antes empleábamos, las relaciones del ser humano con su propia naturaleza, sea lo que fuere ésta última. El comentario con el que hemos acabado la anterior frase no deja de venir al caso, pues, la nueva tecnología biotecnológica revelaría la ductilidad insospechada de lo vivo, de tal forma que, además de la naturaleza en términos generales, quedaría alterada ya para siempre la imagen que el ser humano ha construido de sí mismo a lo largo de los siglos.

En la obra mencionada, a través del elocuente contraste que establece entre *algenia* y *alquimia*, consigue Rifkin ponernos sobre la pista de la profundidad de las mutaciones producidas, así como del hecho, hoy ya incontestable, de estar provocando éstas, no sólo una revolución tecnocientífica, sino también filosófica y cultural en el más amplio sentido que puedan tener estas dos expresiones¹. Lo que está en juego, en efecto, es la propia definición de la vida y, con ella, la caracterización de las notas que consideramos o no esenciales en la autorrepresentación de lo humano.

Por lo demás, es posible que, a primera vista, consideren algunos exagerado atribuir esa expresión, *siglo de la biotecnología*, a nuestra época. Dirán estos, tal vez, que, al lado de la biotecnología, existen otras puntas de lanza del desarrollo científico y tecnológico, a las que no se debería reconocer menor importancia que a aquella. Por esa u otras razones, el calificativo les resultará inadecuado. Sin embargo, no les parecería, pese a esas reservas iniciales, excesivo si llegaran a reparar en que el impacto social, económico y político de la biotecnología ha de interpretarse como parte de unas

estrategias de poder de mayor amplitud y sentido, a la que, siguiendo a Michel Foucault, hemos de dar el nombre de *biopolítica*.

En cierta forma, aunque la acuñación del término sea muy anterior, pues fue el sueco Rudolph Kjellen quien planteó su definición en 1905, es indudable que las líneas actuales del debate biopolítico se establecen a partir de los trabajos del filósofo francés². En efecto, él ha sido el primero en poner de relieve toda la amplitud de significados del término y el profundo relieve socio-político de los mismos. Se trata, en efecto, de mucho más que un nuevo sector tecnológico o industrial, pues la biopolítica, en el fondo, es deudora en lo esencial de estrategias de poder que pretenden un control exhaustivo sobre la vida, que empiezan ya a desplegarse en el origen de la sociedad moderna³. Se orientan éstas hacia la construcción y administración de la política sanitaria, el control de la población, la gestión de la guerra, la eficaz regulación, en suma, de todo cuanto tiene que ver con la vida.

Roberto Esposito ha mencionado la presencia de cierto déficit en la concepción foucaultiana de la biopolítica, que afectaría a la inadecuada aclaración del vínculo existente entre biopolítica y modernidad. A su juicio, “sólo si se la vincula conceptualmente con la dinámica inmunitaria de protección negativa de la vida, la biopolítica revela su génesis específicamente moderna”⁴. La crítica no parece demasiado atinada, toda vez que Foucault ha señalado de forma tanto explícita como implícita la relación que mantienen las estrategias biopolíticas con formas de organización y planteamientos de poder que no pueden desvincularse de la modernidad. En todo caso, para Esposito en la modernidad el presupuesto de la conservación de la vida deviene fundamental, anteponiéndose a todos los demás que afectan a la definición de la identidad. Para él, pese a todo, es necesario esperar hasta “el viraje totalitario de la década de 1930, especialmente en su versión nazi” para que la vida sea de forma inmediata e intrínseca traducible a política⁵.

El planteamiento de Esposito viene a apuntar en una dirección seguida por otros autores, según la cual, la biopolítica habría dado lugar a una nueva interpretación del funcionamiento del poder, que alcanza su cénit en los sistemas totalitarios aparecidos en el siglo XX, pero que no por ello es ajena al funcionamiento real de los sistemas democráticos. Sobre ello ha incidido también Agamben, señalando la tendencia que existe en el poder político actual a crear situaciones y figuras jurídicas que propiciarían actuaciones diligentes y expeditivas, con el objetivo, o al menos con la aparente justificación, de buscar mediante ellas un

supuesto beneficio para *la vida*. Claro está que este último concepto puede referirse a una Nación, a un Estado, a un grupo étnico o cultural determinado, a una especie en concreto, al medio ambiente, etc. No en vano, como también ha puesto de relieve este autor, “todo sucede como si, en nuestra cultura, la vida fuese aquello que no puede ser definido, pero que, precisamente por ello, tiene que ser incesantemente articulado y dividido”⁶.

De esta forma, la aplicación de una estrategia biopolítica concreta encontraría su legitimación social en un discurso construido siempre sobre el trasfondo de la preservación de lo vivo. La biopolítica necesitaría poner en marcha procedimientos de acción difíciles de encajar en los moldes de la política tradicional. Es por ello que no pocas veces se sitúan al margen de la relación habitual existente entre derecho y política. Como ejemplo paradigmático de ello tendríamos el estado de excepción, en el que no sólo los gobiernos totalitarios tienden a instalarse a penas la ocasión se presenta propicia para ello⁷. Pero aquí, como en otros muchos casos, las transformaciones que se han ido produciendo desde el origen de la sociedad moderna han alterado de manera tan profunda como inadvertida los planos de acción e interpretación de la realidad presente, hasta crear una situación en la cual se hace muy difícil el necesario distanciamiento analítico que nos permita conocerla. Al menos en este caso, no es tanto que estemos instalados entre las brumas y no podamos ver a través de ellas, lo que sucede, más bien, es que el exceso de luz arrojada sobre la vida y todo lo que a ella se refiere produce en nosotros un característico efecto cegador.

Sea como fuere, pese a la dificultad de atinar el diagnóstico de la realidad social en la que nos encontramos inmersos, es forzoso admitir que estamos asistiendo al desdibujamiento de las fronteras entre Sociedad y Estado, al cuestionamiento de la ruptura entre lo global y lo local, así como al derrumbe de los muros de separación existentes entre lo público y lo privado. Con todo ello vemos ponerse en pie un contexto en el cual la gestión de la vida pasa a ocupar de manera definitiva el centro de la atención y a concentrar en torno a sí la definición de lo político.

En su origen, la aplicación del concepto de biopolítica como directriz pragmática está vinculada a una concepción organicista del Estado, que considera a éste un todo orgánico susceptible de padecer perturbaciones y enfermedades análogas a las que puede sufrir un cuerpo vivo ante la presencia de ciertos elementos patógenos. Por eso no es extraño que la biopolítica nazi pretendiera la recuperación de la salud de Alema-

nia mediante la extirpación de aquellos estratos de población a los que identificaban como origen de los males sociales. Hay que decir, no obstante, que aunque no se presente con semejante brutalidad, lo cierto es que una concepción paralela sigue latiendo tras la acción de los poderes públicos en materia de política de salud o, llegado el caso, en la gestión de la guerra o en la acción contraterrorista.

Así pues, si, desde estos planteamientos preliminares, intentamos descender hasta el plano de la fundamentación jurídico-política de la biopolítica, tendríamos que señalar que, frente a la contraposición entre normativismo y decisionismo, que de forma ajustada Roberto Esposito ve representada en los planteamientos respectivos de Hans Kelsen y Carl Schmitt, la aportación de Michel Foucault en este campo, que como ya hemos dicho ha resultado crucial, habría consistido en cuestionar la validez real que en el mundo contemporáneo tiene dicho antagonismo, revelando los pormenores de los mecanismos de sujeción de los individuos al poder, que serían al propio tiempo jurídicos y políticos⁸. Tales mecanismos se habrían desarrollado en torno a una directriz fundamental, que sería el control de la vida, en todos sus pormenores y procesos, tanto en el plano de lo singular como en los diferentes niveles posibles de generalidad. Precisamente por ello no creo que nos equivoquemos cuando caracterizamos la política actual como *biopolítica*.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que la originalidad de la aproximación foucaultiana a la biopolítica debe mucho al hecho de haber sabido destacar cómo, a partir de un momento histórico determinado, el concepto de *vida* adquiere una problematicidad radical, que interfiere con diferentes niveles del conocimiento e inunda todos los campos de acción de la política, transformando por completo ciencia y política. A ello habríamos de sumar nosotros, testigos del auge de la biotecnología, la necesidad de tomar en consideración los aspectos tecnológicos y económicos que, como ya nadie duda, están asimismo envueltos en esa problematización profunda de la vida que constituye el giro histórico decisivo a la hora de explicar tanto la genealogía como la ontología del presente.

De igual modo ha de añadirse a esto, tal como ha señalado Esposito, que es a través de tres categorías foucaultianas como podemos caracterizar de una forma más concreta la realidad de la biopolítica; estas son *subjetivización, inmanentización y producción*⁹. En efecto, el poder biopolítico construye y atiende de forma permanente a la constitución de los sujetos. De forma análoga, a través de la indagación y control de

cuanto tiene que ver con la vida de los individuos, las poblaciones, a la salud pública, etc., la biopolítica se hace inmanente a lo real hasta tal extremo que no podríamos describir la realidad que habitamos sin tener en cuenta el determinante peso que en ella ejerce lo biopolítico. Por último, ha de insistirse en el carácter productivo de la biopolítica, tanto si entendemos esta categoría desde la perspectiva de la producción de conocimiento, de producción de la verdad, por decirlo en términos foucaultianos, como si nos referimos a través de ella a la creación de bienes y servicios, *tout court*.

No obstante, hay que tener presente que esta capacidad de apoyarse en los aspectos potencialmente creativos y productivos de la vida, no ha dejado nunca de ir acompañada por la posibilidad de poner en marcha procesos de aniquilación sistemática, de producir de forma calibrada, científica y con la más alta eficiencia técnica posible en cada momento, la muerte de un número de individuos que ninguna forma de poder anterior había estado en condiciones de provocar. De este modo, la biopolítica es también un poder sobre la muerte, una gestión ordenada de la muerte, considerada como variable condicionada en procesos cuyas variables intervinientes pueden ser controladas con total asepsia, frialdad y objetividad. Esta tendencia, cuyos resultados son el lastre con el que los totalitarismos del siglo XX han marcado para siempre la historia, sigue estando tan vigente o más hoy que entonces, pese a la desaparición de aquellos regímenes políticos. No en vano, los poderes que la gestionan no son sólo oscuras organizaciones terroristas, sino gobiernos de todo signo, pues la biopolítica trasciende las escisiones que, en un plano externo y bastante superficial, suelen establecerse entre democracias y gobiernos no democráticos¹⁰.

NOTAS

- ¹ RIFKIN, J., *El siglo de la biotecnología: el comercio genético y el nacimiento de un mundo feliz*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 46-7.
- ² FOUCAULT, M., *Naissance de la Biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004, pp. 4 y ss. Ver también, FOUCAULT, M., *Securité, territoire, population. Cours au Collège de France (1977-78)*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004, pp. 319 y ss.
- ³ SORRENTINO, V., *Il pensiero politico di Foucault*, Roma, Meltemi, 2008, pp. 90 y ss.
- ⁴ ESPOSITO, R., *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Bs.As., Amorrortu, 2006, p. 17
- ⁵ *Ibíd.*, p. 18
- ⁶ AGAMBEN, G., *Lo abierto. El hombre y el animal*, Valencia, Pretextos, 2005, p. 25.
- ⁷ AGAMBEN, G., *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 11.
- ⁸ ESPOSITO, R., *Op. Cit.*, p. 44.
- ⁹ ESPOSITO, R., *Op. Cit.*, p. 58.
- ¹⁰ AGAMBEN, G., *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Edic. Cit., pp. 59-60.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G., *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Valencia, Pre-Textos, 2004.
- AGAMBEN, G., *Lo abierto. El hombre y el animal*, Valencia, Pretextos, 2005.
- ESPOSITO, R., *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Bs.As., Amorrortu, 2006.
- FERNÁNDEZ AGIS, D., *Michel Foucault, ética y política de la corporeidad*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007.
- FOUCAULT, M., *Il faut défendre la société, Cours au Collège de France (1976)*, Paris, Gallimard-Seuil, 1997.
- FOUCAULT, M., *Les anormaux. Cours au Collège de France. 1974-1975*, Paris, Gallimard-Seuil, 1999.
- FOUCAULT, M., *Naissance de la Biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004.
- FOUCAULT, M., *Securité, territoire, population. Cours au Collège de France (1977-78)*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004.
- RIFKIN, J., *El siglo de la biotecnología: el comercio genético y el nacimiento de un mundo feliz*, Barcelona, Crítica, 1999.
- SORRENTINO, V., *Il pensiero politico di Foucault*, Roma, Meltemi, 2008.